

## NUESTROS CRIOLLOS<sup>45</sup>

En uno de los artículos anteriores ofrecí estudiar, hasta donde mi capacidad lo permitiese, la influencia del factor racial sobre las condiciones de nuestra economía.

Fuera del elemento extranjero, existen en México tres razas, o si se quiere, tres tipos raciales: el criollo, el mestizo y el indígena.

Llamamos criollos a las personas nacidas en México, de padres o de ascendencia exclusivamente española, y mestizos, a los que llevan en sus venas sangre española y sangre indígena, cualquiera que sea la proporción entre ambas.

¿Cuáles son las características del criollo?

Pocos escritores las han señalado con tanta exactitud como lo ha hecho el célebre y discutido historiador don Lucas Alamán.

El era criollo auténtico, criollo por los cuatro costados, y sin embargo, no vacila en hacernos el siguiente fidelísimo boceto de sus hermanos de raza:

“Sea por el efecto de su viciosa educación, sea por influjo del clima que inclina al abandono y a la molicie, eran los criollos generalmente desidiosos y descuidados: de ingenio agudo, pero al que pocas veces acompañaban el juicio y la reflexión; prontos para emprender y POCO PREVENIDOS EN LOS MEDIOS DE EJECUTAR; entregándose con ardor a lo presente y atendiendo poco a lo venidero; pródigos en la buena fortuna y pacientes y sufridos en la adversa. El efecto de estas funestas propensiones era la corta duración de las fortunas...”

Alamán, como se ve, nos pinta a los criollos disipando en forma alocada y frívola las fortunas que sus padres consiguieron formar a fuerza de tesón y de trabajo. Por eso la sabiduría popular los condena al decir: “Padre mercader, hijo caballero, nieto pordiosero.”

Si hemos de creer en Alamán y si hemos de atender al viejo adagio, el criollo es, no sólo incapaz de acrecentar el acervo económico del país, sino

45 *El Universal*, 5 de abril de 1937.

apto solamente para derrochar y disipar las riquezas por otros acumuladas. Hay dos motivos para ello: su prodigalidad y su ligereza.

Atolondrado y impulsivo el criollo, abusando de la viveza y de la prontitud de su ingenio, inclinado de suyo a la improvisación audaz, proyectista impenitente que todo lo concibe de prisa, sin tomarse el trabajo de prevenir y coordinar los medios para la ejecución; el criollo es y será siempre propenso a los golpes teatrales, a los proyectos fantásticos y fuera de todo posibilismo, a las medidas tomadas a impulsos de la imaginación y del buen deseo, pero sin el debido discernimiento ni la preparación adecuada. Él carece del sentido de la medida, de la proporción y del límite. Para él no se ha hecho la máxima: prever para obrar; sino que por el contrario, él obra, y después de haberlo hecho, es cuando empieza a meditar en las consecuencias del acto.

Lo importante para el criollo o para el contagiado de criollismo, es asombrar al mundo con proyectos nunca vistos y con medidas de una audacia estupenda. Lo de menos es, para él, todo ese conjunto de complicaciones y de dificultades imprevistas que necesaria y fatalmente salen al paso de cualquiera empresa que no encaja en la realidad.

La especialidad del criollo y de sus imitadores, es la de “construir castillos en el aire” —“faire des chateaux en Espagne”, según la intencionada e incisiva expresión de los franceses, siempre espirituales y cáusticos.

Con esas dotes de imaginación, con semejante riqueza de fantasía y con tamaña inopia de aptitudes para la práctica ejecutiva, se comprende fácilmente por qué razones el criollo, cuando su acción no está equilibrada o refrenada por la malicia y por la astucia del indio o del mestizo, lo echa todo a rodar. Ayer, con don Agustín de Iturbide, echó a perder la revolución de Independencia, dando al tras con los ideales y con el programa de Hidalgo y de Morelos. Más tarde, con otros tres criollos —Santa Anna, Bustamante y el propio don Lucas Alamán—, hizo triste la historia de México, retardó su progreso con la utopía de una imposible restauración, y cuando al fin el inevitable movimiento de reforma apareció avasallador e incontenible, el mismo elemento criollo, representado por teóricos y por individualistas a la francesa, puso los bienes de la Iglesia en las manos ávidas de los acaparadores, impidió o frustró el reparto de las fincas y haciendas nacionalizadas, cometió el crimen imperdonable de la destrucción del ejido y no tuvo el menor escrúpulo en suprimir, torpemente, los fondos especiales de las universidades y de las instituciones de beneficencia.

Hoy, los mismos criollos, convertido en guías y mentores de una turba de mestizos que se dejan por ellos arrastrar, están haciendo ya todo lo

posible por destruir la maciza obra que el instinto de las multitudes revolucionarias, guiadas al principio por Emiliano Zapata y después por Alvaro Obregón, empezaba a construir sobre las huellas de los precursores y ajustándose al boceto genial de Morelos el insigne: respeto a la parcela y a la pequeña propiedad, respeto a la libertad de iniciativa, paso franco al ranchero y a los tipos selectos de las clases humildes y de las clases humildes y de la clase media que tratan de encontrar su camino y de construir su vida por su propio esfuerzo, sin las muletas estorbosas del Estado.

Pero dejemos a un lado por el momento, aunque sin remedio nos obsesione, el punto de vista político social del problema, y limitemos por hoy nuestra observación al estudio del aspecto económico.

El criollo, en este sentido, se nos presenta —por lo menos el criollo típico de las ciudades del interior de la República—, como un desorganizador de la economía, más bien que como un factor de creación, de desarrollo o de fomento de la misma.

Es, en efecto, imprevisor de suyo, carente de espíritu práctico, enamorado perpetuo de los sistemas y de las teorías, desdeñoso del detalle y del hecho concreto, esclavo ciego de las tesis brillantes y de las doctrinas enrevesadas y paradójicas, víctima fácil de la fantasía y de los arrebatos del entusiasmo; “pronto —en una palabra— para emprender y poco prevenido en los medios de ejecutar”, según la frase admirable, casi profética, de don Lucas Alamán.

Por abusar el criollo de la vivacidad de su imaginación y de la agilidad de su ingenio, por eso es peligroso y por eso su acción conduce no al éxito, sino al desastre y a la tragedia: porque no puede sacudir el peso de su temperamento, que lo lleva a la improvisación, a lo fácil, a lo poco meditado, a lo que en realidad y fuera de su brillantez, carece de consistencia.

Proyectista empedernido y ejecutor desastroso: tal sería, reducida a su quinta esencia, la psicología de nuestro criollo, bueno sólo para brillar en certámenes y academias, pero condenando siempre al fracaso en achaques de economía y administración.

Tal sería, y ha sido también, la fatal trayectoria de muchos de nuestros gobiernos, empujados al abismo por la ágil y fascinadora celebración de nuestros criollos, eternos malabaristas del desastre.

Claro que el criollo genial —Alvaro Obregón, v. gr.—, se sobrepone a estos defectos. Claro también que el cambio de medio físico, de clima moral y de ambiente político, tiene que influir, e influiría poderosamente, sobre

esas nocivas y no incurables predisposiciones. Lo vemos así en muchos de los habitantes de los Estados norteros.

Claro, por fin, que una nueva y mejor educación, basada en orientaciones y en prácticas realistas, podría modificar y regenerar a nuestros criollos; pero ello no quita que la realidad actual corresponda a boceto psicológico de Alamán cuya glosa me he atrevido a emprender.

En otro artículo tendré la audacia de asomarme a la psicología de nuestros desconcertantes mestizos.